

LABARGA, Fermín, *La Santa Escuela de Cristo*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2013, 888 pp.

La renovada Historia de la Iglesia nos ofrece cada vez mejores ejemplos de la riqueza espiritual del ámbito de los laicos en la época moderna. La religiosidad barroca, en sus consabidos contrastes, muestra una riqueza de propuestas que durante mucho tiempo ha pasado desapercibida, cuando no oculta, pero que hoy salen afortunadamente a la luz.

¿Quién no se ha encontrado, buceando en las procelosas aguas de la religiosidad, con las Escuelas de Cristo? Una institución tan extendida como poco conocida, envuelta en una especie de misterio, desprendido en parte de lo reservado de sus reuniones, que incluso se mantiene vivo en algunos ejemplos de la actualidad. Al análisis de estas Escuelas de Cristo ha dedicado años de estudio el Prof. Fermín Labarga, de la Universidad de Pamplona, elaborando una extraordinaria tesis doctoral que acaba de ver la luz impresa gracias a la Biblioteca de Autores Cristianos.

Lo primero que llama la atención de sus casi novecientas páginas es la ambición de su índice, que abarca desde el siglo XVII hasta hoy, una cronología que hay que agradecer por abordar en su integridad el fenómeno histórico estudiado. Pero también destaca la amplitud del mismo, con 420 Escuelas de Cristo diseminadas por España y América, contando la obra además con un útil índice geográfico. Para abordar su estudio, la consulta de fuentes le ha llevado hasta los archivos más dispares, desde los de ámbito nacional hasta otros en pequeñas localidades, con profusión de archivos provinciales y diocesanos; unos cuarenta archivos y bibliotecas en total, de los que se han extraído pacientemente los dispersos datos conservados sobre las Escuelas de Cristo, aunque destaca lógicamente, el Archivo Central del Instituto Orgánico de las Santas Escuelas de Cristo, en la Fundación Universitaria Española.

Ello permite al autor desarrollar un hilo conductor desde el origen y organización de la Escuela de Cristo en Madrid, su expansión y ecos romanos, la edad de oro de estas instituciones y su presencia en América, para seguir con la organización interna, los hermanos, los ejercicios espirituales, la dimensión de aprendizaje (en la senda de la santidad) y la forja de virtudes en sus miembros, la vida cotidiana de las escuelas de Cristo y la disposición de sus oratorios o el ceremonial en las festividades religiosas, y concluir, fuera ya del marco de la Edad Moderna, con su pervivencia en el siglo XIX y su intento de revitalización en el XX. Resulta llamativo, aparte de su fundación en Madrid por un piadoso siciliano, Giovanni Battista Ferruzzo, en 1653, el protagonismo que alcanzan en estos institutos personajes de la Contrarreforma hispana como Juan de Palafox y Mendoza y, en el caso romano, Miguel de Molinos, para llegar más tarde hasta personajes tan señalados y controvertidos como Lista y Blanco White. Junto a ellos no faltaron miembros del episcopado y muchos fieles anónimos, pero con fama de santidad. Fruto de una estrategia decididamente confesional, no supieron adaptarse a un secularismo creciente, quedando como fórmulas trasnochadas cuando

no ñidas de cierto espíritu de fanatismo. Pero constituyeron en su tiempo la expresión inequívoca de la “concepción moderna del comportamiento religioso”.

Por la propia formación del autor, los aspectos de espiritualidad adquieren en su reflexión una dimensión especial. Las constituciones comunes alcanzan desarrollos diferenciados en ciertos aspectos y según los lugares. Pero, en todo caso, y junto a la presencia eclesiástica, que la hubo en abundancia, es una institución para seglares inquietos en lo espiritual —compartiendo una camaradería niveladora—, aunque tal vez sea más exacto hablar de las elites que, sin dejar el mundo, abrazaban unas metas espirituales que eran aspiración de las personas consagradas. Y aquí es donde hay que valorar el papel que jugaron: si era un refugio espiritual para personas inquietas o una forma más de proyección social —a través de la virtud— de las elites. Porque ambos aspectos parecen inseparables y el secretismo que rodeaba a las reuniones y ejercicios de la Escuela de Cristo —que en realidad eran un secreto a voces— era más bien un marchamo de calidad y un timbre social que todos admiraban. Las cartas edificantes que emanaban de ellas abundan en esa idea al adquirir un claro tinte hagiográfico. Todo ello no hacía sino incrementar las ansias de pertenecer a clubes tan selectos, marcados por una suerte de exclusividad elitista, que no era tan acusada pero que así se percibía desde fuera. Pero a la vez, atraídos por la mentalidad ambiente, algunas veces coquetearon con fórmulas de culto muy barroquizadas.

De una forma especial, esta espiritualidad amalgama la dimensión comunitaria, propia de asociaciones muy abiertas y poco exigentes en lo espiritual, como son las cofradías, con la aureola personal, fruto de una individualidad sublimada como ocurría, por ejemplo, en el mundo de ascética y de la mística. No es extraño que las elites urbanas se dejaran tentar por esta fórmula asociativa, forjada a la medida de sus aspiraciones. El propio lenguaje que desplegaban —carga de obediencia, junta de ancianos, caridades— abundaba en ese simbolismo y militancia contrarreformistas. De esa forma el orden espiritual irradiaba también pautas para el orden social, subrayando lo reglado, lo repetible y previsible.

Y es que ciertamente representaban una placidez espiritual y una rectitud moral, bien reguladas, muy acomodadas a la nobleza urbana, a la incipiente burguesía y a las profesiones liberales; esta realidad demandaba instituciones como las escuelas de Cristo y, como era de esperar, aparecieron sin demora. En las primeras décadas de existencia su expansión fue notable y el caso madrileño fue siempre un referente, que se atenuaría con el paso del tiempo.

De esta forma, la Escuela de Cristo, gran desconocida hasta esta obra, se inserta en el amplio contexto de la religiosidad propia de la época moderna, consagrando un modelo específico que responde a las necesidades espirituales y sociales de colectivos acomodados en el orden social y perfectamente imbuidos de la mentalidad dominante en la que la fama y el honor van progresivamente derivando hacia las virtudes personales o al menos la imagen que se predicaba de ellas.

*Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz*